

Dios habla al hombre

La Palabra de Dios



Revelación y razón

El concilio Vaticano II, el Vaticano I (DH 3004-3005), señala:

Confiesa el Santo Concilio "que Dios, principio y fin de todas las cosas, **puede ser conocido con seguridad por la luz natural de la razón humana por medio de las cosas creadas**";

y enseña que gracias a dicha revelación "todos los hombres, en la condición presente de la humanidad, pueden conocer fácilmente, con absoluta certeza y sin error, las realidades divinas, que en sí no son inaccesibles a la razón humana" (DV 6).

Con esto el Concilio afirma:

Dios mismo, como ya hemos dicho, deja una huella reconocible de Sí mismo en la creación.

El que se pueda reconocer da cuenta de que el hombre está dotado de algún órgano o capacidad que le hace posible este conocimiento.

Creado a imagen de Dios, el hombre tiene una razón tal que puede conocer la existencia de Dios, sin por eso llegar a agotar su misterio.

Benedicto XVI lo ha expresado con claridad:

... la fe de la Iglesia se ha atenido siempre a la convicción de que entre Dios y nosotros, entre su eterno Espíritu creador y nuestra razón creada,

existe una verdadera analogía,

en la que ciertamente —como dice el IV concilio de Letrán en 1215— las diferencias son infinitamente más grandes que las semejanzas, pero sin llegar por ello abolir la analogía y su lenguaje.



*Dios no se hace más divino por el hecho de que lo alejemos de nosotros con un voluntarismo puro e impenetrable, sino que, más bien, **el Dios verdaderamente divino es el Dios que se ha manifestado como Logos** y ha actuado y actúa como logos lleno de amor por nosotros (Ratisbona, 2006).*

El Papa señala que Dios por su obra y según su voluntad, manifiesta su ser y de esta forma se deja comprender por el hombre, de modo que la afirmación humana de la existencia de Dios no sea una opción absurda, sino razonable.

Esto constituirá un preámbulo para la aceptación de la revelación por la fe, puesto que

“todo hombre debe asegurarse primero de que tiene motivos razonables para aceptar aquello que se presenta como revelación de Dios.

Y estos motivos (preámbulos de la fe), pueden y deben ser descubiertos por la razón natural.

De este modo es razonable la fe y por consiguiente, verdaderamente humana” (J. Collantes, La fe de la Iglesia Católica, (BAC, Madrid, 1983), 28).

De manera más sintética está esto explicado en el Catecismo: *“Sin esta capacidad, el hombre no podría acoger la revelación de Dios” (CEC 36).*

La Revelación: Dios ofrece su amistad

Sin negar esta orientación natural del hombre a lo trascendente, surge la pregunta de cómo el hombre puede llegar a relacionarse efectivamente con Dios,

cómo conoce a Dios.

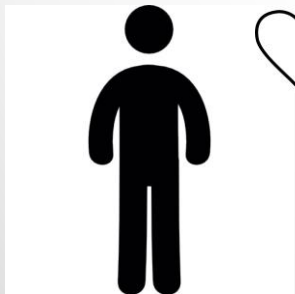
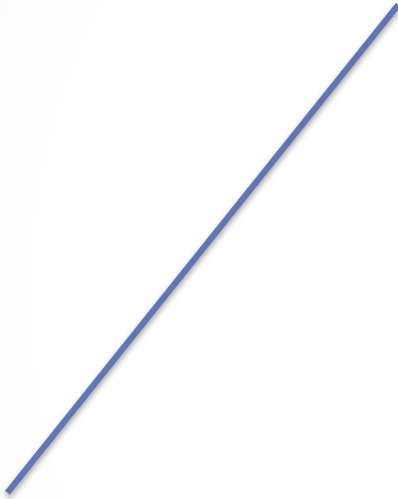


La razón:

Por el uso de su razón y atendiendo a sus más profundos deseos y aspiración el hombre puede barruntar con certeza la existencia de un Dios bueno y personal (Rm 1,19-20; cfr. Hch 14,15.17; 17,27-28; Sb 13,1-9; Cfr. DV 6).

Pero este camino no lo llevaría a un verdadero y profundo conocimiento de Dios, sino que lo dejaría en la periferia de un misterio impenetrable.

Solo llega a conocer que Dios es, y no qué es.



La respuesta del hombre a esta manifestación histórica es la fe.

La Iglesia nos enseña que el hombre conoce definitivamente a Dios misterio porque Él mismo se revela.

Aquel deseo tan interior en el hombre es el preámbulo para el encuentro con Dios.



La constitución *Dei Verbum* lo expresa claramente:

Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad,

mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado

tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y

se hacen consortes de la naturaleza divina.

En consecuencia,

por esta revelación, Dios invisible **habla** a los hombres como **amigos**, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía (DV 2).

Dios quiere establecer un vínculo personal con el hombre.

Usa dos imágenes:

el **esposo** y el **amigo** = relación personal a la que está llamado el hombre por una iniciativa de gratuita de Dios.

El modo de la revelación: **el diálogo**.

Su fruto: **la divinización del hombre**.



Se ve que la revelación divina es un **movimiento trinitario** por el que Dios se manifiesta para ofrecer al hombre la comunión.

La revelación tiene un carácter eminentemente personal.

Destacamos la **responsabilidad** y la **amistad** como fin de la revelación.

El diálogo es el medio.

En efecto, *“la revelación se presenta como una conversación de Dios con los hombres. Es un diálogo”*. Creer, 179.

Dios tiene la iniciativa absoluta: el hombre responde con todo su ser mediante la entrega confiada en Dios.

El fruto es que Dios lo hace participar de su propia naturaleza (cfr. 2P 2,14).

Por fin, el texto citado de DV menciona que la revelación se encuentra en su plenitud en Cristo.



El catecismo expresa contundentemente lo que estamos diciendo, pero describiendo la relación del hombre con Dios desde la filiación:

Dios, que “habita una luz inaccesible” (1 Tm 6,16) quiere comunicar su propia vida divina a los hombres libremente creados por él, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos (cf. Ef 1,4-5).

Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas (CEC 52).

Condescendencia Divina

Esto hace necesario que Dios hable al hombre con un lenguaje que éste pueda comprender. Dios siempre se revela por la mediación de realidades creadas.

Lo vemos en la DV:

“...hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí,

de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras,

y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas” (DV 2).

De esta forma Dios mismo se manifiesta concretamente y ofrece su amistad a los hombres y los capacita para que puedan responder a su llamado, como veíamos en la anterior cita del catecismo (gracia).



Por eso mismo, podemos ver que Dios no manifiesta de una vez todo el resplandor de su misterio.

Tiene una pedagogía particular, pues se comunica gradualmente al hombre.

Prepara al hombre por etapas para acoger la revelación sobrenatural que hace de sí mismo y que va a culminar en la Persona y misión del Verbo encarnado, Jesucristo (cfr. CEC 53).

Esto es lo que el Concilio ha llamado **la condescendencia divina**, refiriéndose principalmente a la Sagrada Escritura.

En ella *“se manifiesta, salvada siempre la verdad y la santidad de Dios, la admirable ‘condescendencia’ de la sabiduría eterna,*

‘para que conozcamos la inefable benignidad de Dios, y de cuánta adaptación de palabra ha usado teniendo providencia y cuidado de nuestra naturaleza’”
(DV 13).

Historicidad de la revelación

Historicidad:

“El cristianismo no es una religión que simplemente transmite verdades y normas de conducta,

sino ante todo la que vive una experiencia histórica de la manifestación personal de Dios” (O. Ruiz A., Jesús epifanía del Padre, 55).

Podemos reconocer **etapas** de la revelación que se expresa en **palabras y hechos** (acontecimientos) conectados entre sí.

La revelación tiene un desarrollo y una plenitud.

Esa plenitud es un acontecimiento, **Jesucristo**.



En Él se puede recapitular toda la revelación.
De esta forma podremos afirmar que la
revelación es esencialmente cristológica.

DV resalta también, la participación del hombre en la revelación. A él se dirige la revelación y él la trasmite colaborando en su formulación e interpretación.

Es la lógica de la condescendencia divina.

Si el hombre es un ser histórico entonces Dios, para llegar a él respetando su naturaleza e invitándolo al diálogo, se manifiesta en el ámbito propio de su creatura.

